

LA HISTORIA RECIENTE EN LA ESCUELA. NUEVAS PREGUNTAS Y ALGUNAS RESPUESTAS

Marina Franco y Florencia Levín¹

La historia reciente de la Argentina, y de los países del Cono Sur en general tiene dificultades particulares, tanto para su investigación como para su enseñanza. Su carácter tan polémico y político hace que su ingreso a la escuela implique problemas delicados, pero justamente por el tipo de valores que involucra su enseñanza es urgente e imprescindible.

Los contenidos que se enseñan en la escuela son el resultado de complejos procesos en los cuales confluyen:

- las políticas diseñadas e implementadas en distintos ámbitos de la gestión educativa,
- los procesos de producción y legitimación social de los saberes específicos de las disciplinas que ingresan a la institución escolar
- y los procesos de transformación didáctica de dichos saberes, atendiendo tanto a las necesidades específicas de la escuela como a la satisfacción de las políticas educativas en curso.

En el caso de la enseñanza de la historia, y fundamentalmente en lo que hace a la historia de un país, además de las mencionadas esferas, se destaca la presencia del Estado. Más allá de su dimensión de gestor y administrador de la educación, el Estado es quien tiene importantes intereses en impulsar y legitimar ciertas narraciones sobre el pasado en detrimento de otras.² En efecto, la historia nació como una disciplina

¹ Marina Franco es docente e investigadora del Centro de Estudios latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. Florencia Levín es docente e investigadora de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ambas son coeditoras de *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un pasado en construcción*, Editorial Paidós, 2007 y coordinadoras de la *Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente (RIEHR)*: www.riehr.com.ar (la cual contiene una sección especialmente destinada a la Educación). Este artículo fue publicado originalmente en la *Revista Novedades Educativas*, N° 202, Buenos Aires, octubre de 2007.

² La relación entre estas esferas es muy compleja y ciertamente el Estado interviene, además, en los otros ámbitos mediante el diseño e impulso de políticas educativas y científicas como así también a través del manejo de los recursos económicos, las políticas de vinculación y cooperación científica, etc.

académica fuertemente asociada con la emergencia de los Estados nacionales; Estados que debían forjar una tradición que sirviera como base para la construcción de las identidades nacionales. En países como los del Cono Sur, con una importante impronta de inmigrantes europeos y con importantes raíces culturales anteriores al (e independientes del) proceso de consolidación de los Estados, se puso especial énfasis en la enseñanza de *una* versión de la historia que sirviera como medio para homogeneizar y reunir en un misma nación a un conjunto heterogéneo de poblaciones, lenguas, costumbres y tradiciones. De modo que la historia se convirtió en un instrumento fundamental, aunque no el único, para la legitimación de los nuevos Estados³ a través de la difusión de una *historia oficial* que fue ritualmente enseñada en todas las escuelas desde fines del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX.

Con el tiempo, mientras se profesionalizaba y se constituía como un campo específico del saber, la historia se fue independizando de estas necesidades de legitimación de los nuevos Estados. Y, casi en sentido inverso, en los últimos años, la historia producida por los historiadores profesionales ha jugado un papel importante en este complejo mecanismo de producción y legitimación de sentidos de lo que se enseña en la escuela, a través, por ejemplo, de la elaboración de textos escolares que *aggiornaron* los discursos tradicionales, nutriéndose con nuevos contenidos y formas de pensar el pasado.

En suma, es en la interacción, discusión y negociaciones entre historiadores profesionales, pedagogos, funcionarios de la gestión educativa y el Estado, en un sentido más amplio, que se dirimen los contenidos que ingresan a la escuela para ser enseñados en la materia “Historia”.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando pensamos en la historia reciente de países como el nuestro o como los del Cono Sur, que sufrieron procesos políticos traumáticos (dictaduras sangrientas, tortura, muertes, desapariciones, exilios)? ¿Qué peculiaridades tienen esas historias en relación con las de otros pasados más lejanos? ¿Y qué implicancias tiene eso para su enseñanza?

Comencemos por indagar un poco en torno a qué llamamos *historia reciente*. Una de las dificultades de definir este tipo de historia radica en la falta de una cronología

³ Del mismo modo la geografía, cuya misión fue la de naturalizar y justificar las fronteras de los Estados nacionales, cumplió un rol semejante y complementario al de la historia. Por su parte, la enseñanza de la lengua española entre los hijos de inmigrantes europeos, pobladores africanos y también entre las comunidades indígenas jugó un rol fundamental al promover la homogenización lingüística entre poblaciones diversas.

precisa que permita diferenciar qué es lo “reciente” de lo que no lo es. En cambio, el término aparece muchas veces referido a hechos llamados “traumáticos” del pasado de las distintas sociedades (el Holocausto para Alemania y Occidente, las dictaduras del Cono Sur para esta región, la descolonización africana para ese continente, etc.) – hechos que, como puede advertirse, en algunos casos se remontan a más de sesenta años atrás.

Más allá de lo traumático, lo cierto es que la historia reciente se caracteriza por la convivencia del pasado con el presente: la supervivencia de actores y protagonistas del pasado en condiciones de dar su testimonio de lo vivido, la existencia de una memoria social sobre ese tiempo transcurrido, la contemporaneidad entre la experiencia del historiador y el pasado del cual se ocupa... En definitiva, se trata de problemas y hechos ya pasados que se caracterizan por su presencia y actualidad en nuestro presente cotidiano como sociedad.

En este campo de temas, el trabajo del investigador está atravesado por vínculos difíciles con otras prácticas sociales, otros actores y otros discursos sobre el pasado, que lo obligan a confrontarse con otras perspectivas y a revisar y reelaborar permanentemente su posición y su discurso. En particular, este tipo de historia tiene una fuerte relación con la memoria, con los testimonios en circulación y con una cierta demanda social de respuestas sobre el pasado.

La memoria, con tanta frecuencia mencionada hoy como una suerte de “deber” de nuestras sociedades, se refiere tanto a procesos individuales de recuerdo como a procesos colectivos y sociales; y se refiere tanto al recuerdo y conservación de ciertos eventos pasados como a la elaboración individual y colectiva de sentidos sobre ese pasado que se rememora. Así, la historia y los historiadores pueden ayudar en la tarea de recordar, de recordar eventos, actores y experiencias olvidados (por ejemplo, la existencia de víctimas de la violencia estatal *antes* del golpe de Estado que muchas veces es olvidado o silenciado), como a recordar sin ciertos “errores” que a veces contiene la memoria social. Por su parte, la memoria ayuda a la historia a definir lo que una sociedad quiere y necesita conservar de su pasado por razones éticas y políticas y para poder recomponer sus lazos sociales y seguir unida (por ejemplo, mantener la memoria de la violencia y del autoritarismo militar en la Argentina es una forma de reconstruirnos como sociedad democrática).

Y esto nos conduce a la importancia de los testimonios y los testigos para esta historia. Ellos son las voces vivas de ese pasado y con ellos el historiador dialoga y

reconstruye su propio relato histórico. Ahora bien, el problema es que el relato del testigo y del historiador no siempre coinciden y uno es tan válido como otro. Si bien el primero tiene un valor ético y moral que lo coloca por encima de otros discursos, no por ello el relato de quien vivió “en carne propia” debe transformarse en una verdad absoluta e indiscutible que supera la necesidad de construir una narración compleja y coral del pasado.

Por último, otra especificidad de esta historia es que existe una importante demanda de respuestas y certezas sobre el tema por parte de la sociedad, y esto es especialmente observable en los adolescentes y, por tanto, en los alumnos de escuelas medias. Esta demanda social sobre la historia –existente para toda historia y no sólo la reciente- no ha sabido ser satisfecha por los historiadores profesionales y es la “historia de divulgación” la que ha asumido esa función. Este tipo de historia ofrece relatos accesibles, sencillos, atractivos y basados en modelos explicativos simples, claros, generalmente monocausales, que brindan seguridades y permiten trazar una suerte de “mapa” moral y político entre el “bien” y el “mal” y establecer quiénes son los héroes y quiénes los villanos. En el caso de la historia reciente, el tema es aún más delicado debido a la carga política del pasado en cuestión y, muchas veces, entonces, el tipo de respuestas sencillas y monocausales que ofrece la “historia de divulgación” no puede satisfacer los problemas complejos que los mismos alumnos llevan a veces al aula.⁴

De todo lo dicho se desprende que para la historia reciente de nuestras sociedades no hay una *historia oficial*, un canon prearmado sobre el pasado, que oriente qué y cómo debe ser enseñado y transmitido en las escuelas. Es imposible establecer un relato cerrado y concluyente, nuestro pasado está lleno de heridas abiertas, de memorias en conflicto y muy cargado políticamente hasta el día de hoy. Sin duda, esto podría decirse de toda historia, de todo relato de una sociedad sobre su pasado; todos sus diversos tramos y problemas están sujetos a discusión y tensiones y no tienen versiones concluyentes. Sin embargo, la diferencia reside en que en el caso de la historia reciente ese carácter inacabado, abierto, adquiere una dimensión mucho mayor y amplificadas. En definitiva, esta diferencia de escala con otros temas y aspectos de la historia dan a la historia reciente un carácter intrínsecamente *político* y *polémico*: las verdades de unos suelen ser negadas y confrontadas por las verdades de otros. Y de allí se derivan importantes dificultades para su enseñanza.

⁴ Para una discusión más profunda sobre estas dimensiones de la historia reciente ver Marina Franco y Florencia Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, en *Historia reciente...*, op.cit.

Esta falta de cierre y este carácter siempre polémico es tan rico para su abordaje en la escuela como delicado. Porque si bien es cierto que trabajar con las múltiples perspectivas de actores diversos (Estado, partidos políticos, víctimas, familiares, historiadores) es una entrada necesaria para desnaturalizar versiones anquilosadas, también es cierto que no se puede (ni se debe) dejar la libre decisión de cuáles son los relatos “correctos” del pasado a los alumnos. Contrariamente, los docentes tienen un rol estratégico y esencial que cumplir -y la escuela lo tiene como institución- para garantizar la reconstrucción del lazo social roto por la violencia y la consolidación de las instituciones democráticas. Esa tarea supone la elección conciente de aquellos relatos y aquellas memorias que sirvan indiscutiblemente a esos fines.

Hasta hace pocos años el tema de la historia reciente ni entraba a la escuela, o figuraba en las currículas y nunca se veía como un contenido de enseñanza, hoy, en cierta medida, la escuela se va abriendo al tema y por eso mismo es el momento de construir con cuidado y a conciencia los valores que sostienen los contenidos que transmitimos. Y esa construcción debe, ante todo, legitimar a la escuela en su función de transmisora de ciertos valores éticos vinculados a la democracia. Eso implica que sobre este tema la institución escolar debe construir cierta autoridad legítima por sobre las memorias múltiples de alumnos, padres y docentes –que, como vimos, tendrán relatos distintos del pasado. La construcción de esa legitimidad es función de las políticas educativas. Ayudar a construir un relato legítimo de nuestra historia reciente que pueda ser transmitido por la escuela es una tarea de los historiadores y de los didactas.

Publicado originalmente en la Revista Novedades Educativas, N° 202, Buenos Aires, octubre de 2007